

ITINERARIOS DEL TEXTO SECUNDARIO A propósito de *Presencias reales*, de George Steiner¹

Presencias reales es un libro apasionante, polémico. Se trata de un ensayo en el que se combina admirablemente la asistematicidad, lo que evita el tedio en su lectura, con un rigor argumentativo basado en la sólida y reconocida erudición de Steiner. Sin embargo, uno lo lee como quien lee un buen policial: sospechando que un narrador brillante y taimado nos está arrastrando hacia las pistas falsas y que la solución, si es que la hay, debe leerse entre líneas y en otra dirección. También, como en el buen policial, uno termina regodeándose en las estrategias argumentativas sin importarle demasiado quién es el asesino.

El libro -publicado hace diez años y traducido en 1991- tiene como subtítulo “¿Hay algo en lo que decimos?”, y consta de tres partes.² Me voy a referir a las dos primeras, en las que el autor traza un diagnóstico de lo que llama “una ciudad secundaria”. Reseñaré *in extenso* -lamentando perjudicar de esta manera la riqueza del original- las posiciones de Steiner:

1- En primer lugar, postula una “república contraplatónica en la que los críticos y reseñadores han sido prohibidos: una república para escritores y lectores” (p. 16). Sin explicitarlo, Steiner se remonta a la controversia entre trágicos y filósofos de la Grecia clásica y se coloca en el extremo opuesto de Platón. “Estoy construyendo una sociedad, una política de lo primario; (...) El objetivo es un modo de educación, una definición de valores desprovista, en la mayor medida posible, de ‘metatextos’” (p. 17). La reacción de Steiner contra lo secundario abunda en imágenes desmesuradas: “La mayor parte del periodismo literario y las reseñas, de los ensayos crítico-literarios y de la crítica artística y musical es totalmente efímera” (p. 36); “Un perpetuo murmullo de comentarios estéticos, juicios improvisados y pontificaciones enlatadas inunda el aire” (p. 38); “...el volumen de discurso secundario desafía cualquier inventario” (p. 38); “Sólo en el campo de la literatura moderna, se calcula que las universidades soviéticas y occidentales registran unas treinta mil tesis doctorales por año” (p. 38); “Se ha estimado que, desde fines de la década de 1780, se han producido sobre los verdaderos significados de *Hamlet* veinticinco mil libros, ensayos, artículos, tesis doctorales y contribuciones a coloquios críticos y especializados” (p. 39); “Una locura mandarina del discurso secundario infesta el pensamiento y la sensibilidad” (p. 40);

¹ Ponencia leída ante el “IV Congreso Internacional *Orbis Tertius* de Teoría y Crítica Literaria”. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; 29 de septiembre al 1º de octubre de 1999.

² Steiner, George. *Presencias reales*. Barcelona, Ensayos/Destino, 1991. Las tres partes llevan como títulos: “I. Una ciudad secundaria”, “II. El contrato roto”, “III. Presencias”. En las citas se consigna el número de página entre paréntesis.

tuitiva" (p. 109). En el mejor de los casos, sigue el autor, "estos circunvalantes actos de razonamiento son *narrativas de experiencia formal*" (p. 109; la cursiva es del autor).

4- Como consecuencia de lo expuesto -y aunque en el texto aparezca formulado con anterioridad-, Steiner impugna también la trivialización del concepto de *investigación* en las humanidades. Ello se debe, por un lado, a "la profesionalización de la búsqueda y la apropiación académicas de las artes liberales" (p. 51); por otro, a "la imitación humanística de lo científico" (p. 51): "En su escala de formalización burocrática de asignaciones de subvenciones, en su ávida pretensión de rigor teórico y de descubrimiento acumulativo, las humanidades (...) luchan obsesivamente por emular la fortuna de las ciencias exactas y aplicadas" (p. 51).

Hasta aquí, la reseña de la primera parte de *Presencias reales*. Ahora bien, discutir -o meramente reflexionar- sobre el cuadro de situación que traza Steiner nos obliga a internarnos en arduas cuestiones.

1- En primer lugar, recordemos la célebre interdicción platónica: "Esto es lo que quería decir como disculpa, al retornar a la poesía, por haberla desterrado del Estado, por ser ella de la índole que es: la razón nos lo ha exigido. Y digámosle, además, para que no nos acuse de duros y torpes, que la desaveniencia entre la filosofía y la poesía viene de antiguo" (*República*, 607 b).³ La desaveniencia en tiempos de Platón es bien conocida: los trágicos, esos "falsos imitadores", se ocupaban de poner en escena las debilidades de la condición humana; sus héroes, desgarrados por los avatares del poder y del destino, poco tenían de ejemplar para los requisitos exigidos por los guardianes de la República. Así, cuando Steiner propone una república *contraplatónica*, una república de escritores, pintores y músicos, no hace más que movilizar las simpatías del lector, pero lo que no se afirma de un modo explícito es que en la misma operación está asimilando a los críticos de toda índole con los guardianes platónicos, y es ahí cuando la analogía se desbarranca. La diferencia sustancial es que la controversia antigua entre filósofos y trágicos era una disputa *en torno* al poder; hoy, la cotidiana contienda entre artistas y críticos -entre textos primarios y secundarios- se da en los márgenes del poder. En efecto, ¿quiénes son en nuestros días los guardianes de la República? Podemos hacer muchas conjeturas al respecto; difícilmente cualquiera de ellas nos lleve a contestar que los guardianes son los críticos de arte o los investigadores en humanidades. Sólo podríamos contestar esto si habláramos de la *República de las Letras*, y ya sabemos cuán devaluada está esta figura.

Respecto de lo que Steiner llama "la ciudad secundaria", también parece

³ Cito la traducción de la *República* que hiciera el Prof. J. L. Calvo para la Editorial Gredos.

caer presa de una excesiva simplificación. Steiner manifiesta una suerte de hartazgo más por saturación que por inutilidad: parece interesarle más la cantidad que la calidad -ya volveremos sobre la calidad-. En este punto, se nos plantean tres interrogantes.

a) Si uno de los problemas, entonces, es la cantidad, ¿por qué manifiesta tal hartazgo por la "ciudad secundaria" y no por lo que podríamos llamar "una ciudad primaria"? Steiner abandona cualquier intento de *evaluar* la producción artística contemporánea como si justificara su existencia *per se*, para dedicarse a impugnar a la crítica.

b) Si el problema es la calidad, es decir, la manifiesta mediocridad de los textos secundarios, habrá que preguntarse si el problema es tan generalizado como lo plantea Steiner. Lo que el autor parece obviar es que en la ciudad secundaria existen mecanismos de regulación análogos a los que existen en los textos primarios, aunque respondan a diferentes circuitos de consagración. Esas regulaciones producen cierto *canon* que eleva a algunos autores a la condición de clásicos y a otros los somete al olvido. En el año 1942 se publicaron *El extranjero*, de Albert Camus y *Mimesis*, de Erich Auerbach, un clásico "primario" y un clásico "secundario". Seguramente ambos son clásicos por diferentes razones; lo que quiero afirmar es que en los dos ámbitos existen procedimientos de canonización y que ambos sobresalieron sobre miles de textos olvidados. Así, la retórica de Steiner que pretende rescatar el valor de lo primario sobre el carácter parasitario de lo secundario deriva en una fenomenología que se coloca de espaldas a la historia.

c) El tercer interrogante que quiero formular es por qué Steiner permanece indiferente a un hecho que caracteriza a la producción estética en el siglo XX, cual es la imposibilidad de fijar límites entre lo que llama textos primarios y textos secundarios. Si, como afirma Steiner, los mejores textos críticos son textos primarios -la *Comedia* de la *Eneida*, *Ulises* de la *Odisea*, Picasso de Velázquez- y los textos secundarios son sólo "narrativas de la experiencia formal", entonces existe una admisión implícita de que los límites entre unos y otros resultan por lo menos imprecisos. En todo caso, lo que parece molestar más a Steiner no son los textos secundarios, sino su *lugar de enunciación*: desde los congresos de especialistas y los institutos de *seudo* investigación, hasta los "opinadores" que se despachan desde los periódicos y la televisión.

2- Veamos ahora una segunda cuestión: la crítica filológica como la única permitida en la república contraplatónica y la condena a la crítica que se justifica en tal o cual sustento teórico. Para decirlo en otros términos, la defensa de una investigación *positiva*, contra las diferentes formas de la *negatividad* y la *diferencia*, producidas en las corrientes posestructuralistas, especialmente la deconstrucción. El auge de los estudios teóricos sólo ha conducido, en términos de Steiner, "a la jerga con frecuencia repulsiva, al oscurantismo artificial y a las engañosas pre-

tensiones de tecnicismo que hacen ilegible la mayor parte de la teoría y la práctica posestructuralista y deconstructiva" (p. 144). Pero, ¿configura en verdad el método filológico una crítica *positiva*? La tradición filológica, se sabe, se ha nutrido de fructíferos desarrollos en la universidad alemana; esa tradición ha desembocado, a través de conocidas mutaciones, en la estilística, y tiene muchos puntos de contacto con otra célebre tradición, la hermenéutica. En nuestro ámbito, la vigencia de estas tendencias se puso de manifiesto -y aún su fuerza no ha desaparecido- especialmente en los estudios clásicos e hispánicos. Si es cierto que sus mejores productos han llevado la firma de Amado Alonso y María Rosa Lida, también lo es que se generó una suerte de *vulgata* filológico-estilística sustentada en un presunto sentido común estético y en subjetividades valorativas sólo fundadas en el principio de autoridad. El impacto que produjo en muchos de nosotros la lectura del archicitado manifiesto de Roland Barthes, *Crítica y verdad*, de 1966, puede ser asimilado a una respuesta generacional contra el palabrerío vacío de la crítica de entonces investida de una autoproclamada autoridad. En esos años, el propio Barthes y Lucien Goldmann producían lecturas absolutamente novedosas sobre el teatro clásico francés, inundando el lenguaje de la crítica literaria de categorías provenientes de la filosofía, el psicoanálisis y el marxismo. Seguramente allí estaba la génesis de los males que Steiner denuncia: el auge de los estudios teóricos y la jerga artificial y oscurantista; aunque los dardos apunten a tendencias posteriores asociadas bajo el equívoco mote de posestructuralista. Si todos hemos sentido por momentos el hartazgo producido por la falsa sofisticación de ciertos debates teóricos, y la jerga a menudo autocomplaciente de sus enunciadores, la utopía que Steiner propone es *reaccionaria* en sentido estricto: es una *reacción* contra la producción crítica de los últimos treinta años y una explicitación de la nostalgia por la pérdida de los viejos buenos tiempos del reino de la filología.

3- Pero si atacar a los críticos desde la reivindicación de la tradición filológica puede resultar un argumento fácilmente rebatible, aún queda otra arma cuya sola mención parece someter cualquier resistencia: la *ciencia*. Comenzaré con una referencia a la experiencia inmediata de nuestra práctica cotidiana. Todos lo hemos escuchado de quien regresa de un congreso académico: "Sí, hubo dos o tres ponencias buenas, el resto fue bastante olvidable". El regreso desde un congreso nos enfrenta a los diagnósticos de Steiner: a menudo pareciera ser que *cualquier cosa* puede afirmarse de *cualquier cosa*, y que, por lo tanto, sigue ausente el "punto de Arquímedes" que permita diferenciar lo verdadero de lo falso. Sin embargo, lo que seguramente resulta más débil en la argumentación de Steiner es la falta de matices en la caracterización de la *ciudad secundaria*. Nuestras disciplinas han intentado hace años discernir entre los caminos que pudieran conducirlos a formular afirmaciones de validez universal. Cíclicamente, la palabra

ciencia retorna a los estudios literarios: desde la siempre vigente “filología” que reivindica Steiner, pasando por los años del estructuralismo duro, hasta recientes ensayos de Bourdieu⁴, la pretensión de *cientificidad* parece ser un norte siempre diferido, más cercano a una *ilusión* -como la llamó Barthes- que a una real posibilidad. Se podría decir que el auge de los estudios teóricos que tanto irritan a Steiner con frecuencia no han sido y no son otra cosa que el denodado intento -muchas veces decepcionante- de dotar a nuestras disciplinas del necesario rigor que les permita escapar a la alternativa de hierro: o *ciencia* o *palabrerío*. En este itinerario podemos fijar tres momentos, en una operación que por fuerza simplificará en exceso. El **primer momento** se ha caracterizado reiteradamente como el debate entre estructuralistas y marxistas que atravesó los sesenta y buena parte de los setenta. En aquellos años el imperativo científico se identificó con dos requisitos que funcionaron como norte insoslayable: *totalidad* y *exhaustividad*. Cumplir con esos requisitos dependía del diseño del método adecuado: todos recordamos el nivel de detalle y sofisticación que alcanzaron por entonces los debates metodológicos. Visto a la distancia, dos resultaron las diferencias sustanciales entre ambas tendencias: la *extensión* del objeto de estudio, y la opuesta consideración de las *mediaciones*. Son exactamente esas dos diferencias las que agotaron los esfuerzos de Lucien Goldmann en el intento de lograr una síntesis teórica y metodológica entre estructuralismo y marxismo. La caída de ambos paradigmas da lugar a un **segundo momento**: ahora, el propio Barthes, que había sido uno de los adalides del estructuralismo, hablará del rechazo a “el monstruo de la Totalidad”⁵. En los textos de este segundo momento puede leerse una suerte de relación inversa entre ciencia y escritura crítica. Es seguramente por esta razón que Steiner focaliza su ataque sobre la escritura posestructuralista: desde el paradigma clásico de la ciencia, sólo puede verse allí una jerga oscura y artificial, y resulta evidente que Steiner -algo maliciosamente- asocia los llamados “estudios teóricos” con esta tendencia, que, por otra parte, produjo una curiosa repercusión en algunas universidades norteamericanas. De modo que cuando Steiner habla de la *imitatio* de la investigación científica operada desde las humanidades, no está pensando en el posestructuralismo, sino en un **tercer momento**, estrechamente ligado a la organización académica de las universidades, que extiende su vigencia hasta nuestros días. ¿Cómo compatibilizar la escritura crítica que por momentos se mimetizaba con la escritura “primaria” en la exploración de la cadena signifiante con los *formatos* que obligan a la explicitación de marcos teóricos, estados de la cuestión, formulación de hipótesis y demostraciones empíricas?. Es en este punto en el que Steiner parece cerrar toda alternativa: al palabrerío, la jerga y los artificios de teorías efímeras opone el rigor del paradigma científico; pero si se opta por tomar ese paradigma como modelo, tam-

⁴ Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995.

⁵ *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona, Ed. Kairós, 1978, p. 196.

bién habremos errado el camino, ya que es una camino clausurado de antemano. Quizás habrá que concluir que la expulsión de los críticos de la república de Steiner es la lógica consecuencia de su argumentación: *todo lo que digan podrá ser usado en su contra.*

Por último, independientemente de las refutaciones que podamos hacer al texto de Steiner, el problema es cómo hacernos cargo de su diagnóstico. Lo que parece claro es que la solución no debe buscarse remitiéndonos a repúblicas utópicas. Se trate de repúblicas platónicas o contraplatónicas, lo más racional sigue siendo buscar alternativas sin recurrir a guardianes de ningún tipo.

José Luis de Diego
Universidad Nacional de La Plata